













A Monin le ha preguntado uno de sus amigos: ¿Sabes por qué trotan los caballos Monin? Y Monin ha contestado sin pestañear: - Pues para salir del paso.

# CUENTO INFANTIL

## COMO APRENDI A SER FELIZ

CONTANDO aún muy pocos años de edad, hallábame con frecuencia presa de un pánico indescriptible. ¿Cómo sucedía mi inexperto temor a aquellos relatos de miseria que escuchaba ansioso? Me estremecía tan hondamente, que pocos momentos después de oírlos era yo dueña absoluta de todos esos ajenos dolores. Cuánto padecí mi ánima por no saber remediarlo.

¿Cómo remediar aquellos tristes problemas de miseria? Era necesario disponer de dinero, y mi corta edad me lo impedía. ¿Qué bien lo recuerdo! Era una tibia tarde del mes de mayo cuando de súbito nació en mi pensamiento la anhelada solución. Aunque mi familia no me había enviado aún a ninguna escuela, consistieron por contemporizar con algunas amigas, en que yo fuera a ofrecer flores a la escuela de Veracruz. Era la primera vez que yo asistiría a una de esas fiestas escolares y por tanto me hallaba plétorica de esa fastidiosa zalamería que se tiene a los ocho años. ¿Cómo hice haciendo los preparativos para aquella tarde!

Momentos antes puso mi madre en mis manos treinta centavos para que con ellos fuese a comprar un ramo de clavellinas blancas. Al tomarlos los apreté fuerte y cariñosamente, tal vez temerosa de extravíarlos, pues acariciaba la idea de que ese dinero, podría ayudarme en el doloroso conflicto que me amagaba, constantemente, agitando las sensibles arterias de mi corazón.

Aquellas flores nunca las compré. Llegó la hora de ir a la escuela, y me presenté en ella sin una flor.

—¿Se me había olvidado el ramo? ¿Quisieras regalarme margaritas? —dijo a la primera compañera con quien tropecé. Al instante me obsesionó con ella e inmediatamente me rodearon las otras niñas; y de todas sucesivamente fui recibiendo flores, con las que formé un sennello mono de distintas flores.

En rápida oleada advertí que mi ramo era el más pequeño de todos pero cuán enorme era la ilusión que albergaba en mi pecho. La escuela debió lucir espléndida, mas yo nada de eso percibí. Sudando con desesperación empuñaba fuerte y temblorosamente aquellos treinta centavos.

Discretamente afiné el oído para escuchar el secreto de unas pobres viejas que estaban sentadas junto a mí. Pero hablaban de cosas tristes. Con precipitación cambié mi lugar por otro de más atrás, e hice lo mismo, pero nada logré escuchar.

Las tres monedas de plata que con tanto calor guardaba entre mis manos eran las únicas que podían hacerme dichosa; y ahora, pudiendo tranquilamente disponer de ellas, no encontraba a quién regalarlas. ¿Sería posible que yo que tanto había padecido por no poder «dar nada» no pudiera hoy sentirme feliz?

Terminó el ofrecimiento de flores y salimos todas a jugar al zócalo que estaba frente a la escuela. El amocherío estaba saturado del penetrante perfume del galán de noche. El regocijo de los ranates era tal, que me pareció que retaban con su alborozo a la alegre chiquillería.

¿Cómo sudaba mi mano con aquellas tres monedas diminutas. Eran las sietes. Pasaban junto a mí los vendedores. La verdad es que aquellos cacahuets tostados me hacían agua la boca. Pero por no por un instante puse por mente gasta en ellos un solo centavo. Aquel dinero lo había destinado para sentirme feliz haciendo feliz a otros.

Y he aquí que de repente se acercó a mí el barquillero. Aun repiquetea en mí el eco de aquella campanita con la cual anunciaba sus barquillos.

Tres niños calzados con sue-



# EL CUERVO Y LA ZORRA

El cuervo, posado sobre la rama de un árbol, tenía en su pico un queso. La zorra, guiada por el olor de aquel queso, llegó al pie del árbol y, después de mostrarse ansiosa con el cuervo, por si algo podía pensar, entabló con él conversación.

—¿Ah! Buenos días, señor cuervo. ¿Qué bonito está! ¿Qué bueno parece ser! Lo digo sin mentir: si nuestro canto correspondiera a vuestro plumaje, seríais el postor más buscado, hospedado en este bosque.

Al oír estas palabras salomeras, el cuervo quedó tan satisfecho que quiso demostrar a la zorra que, efectivamente, tenía también una voz preciosa. Resuelto a demostrarle, abrió su largo pico para comenzar a cantar: pero al hacerlo, dejó caer el queso.

La zorra se apoderó rápidamente del mismo y le dijo:

—Mi buen amigo, aprende que todo adulador vive a expensas de aquel que lo escucha: en esta ocasión es el queso, sin duda, lo que me ha motivado a alabarte.

El cuervo, humillado y confuso, juró, aunque un poco tarde, que ya nadie le volvería a engañar jamás.

Este hombre tan cómico, es amigo de los niños: todo lo que produce risa es amigo de la infancia.



# LA RANA que aspira a hacerse tan grande como el buey

Una rana vivió a un buey que le pareció muy buena estatura. Ella, cuyo tamaño no era mayor que el de un huevo, envió al buey su correspondiente y, para poder igualarlo en tamaño, se paró, se hinchó cuanto pudo y dijo:

—Mirad bien hermano: ¿Es bastante grande? ¿No soy tan alta como vos, todavía?

—De ningún modo, le respondió el buey.

—Y así, entonces continuó. —Todavía no.

—No os aproximáis aún en nada. El ruin animal llegó a hincharse tanto, que al fin reventó.

El mundo está lleno de gentes que no saben ocupar bien su lugar: todo burgués, desea figurar como un gran señor; todo pequeño príncipe, quiere tener enajenados, y a su vez, comportarse como un gran emperador. Todos, en fin, anhelamos como vulgarmente se dice, parecer más de lo que realmente somos. Dichosos, pues, los que saben ser modestos y comedidos.

# LA GRAN FACTORIA DE LA RAZON Y EL AMOR DEL PERRO POR EL HOMBRE

El hombre detuvo el trineo casi a la vista del puestito, y los perros, sorprendidos, volaron la cabeza. Naturalmente, no comprendían que Douglas Lambert quería decirle, adónde iba que lo cieran los ojos de otros hombres. Había entre Douglas y sus perros algo que muy pocos hombres serían capaces de comprender, y Kingdon, en el cargo del puestito, no se cansaba de repetirlos.

Lentamente, Douglas descendió del trineo y contempló la hilera integrada por los cinco perros, que a su vez lo observaban curiosamente.

—Bueno—dijo el hombre, con voz quebrada por la emoción— dentro de quince minutos estaré en el puestito. Se acercó a ellos, el primero de los perros, y se arrojó sobre la nieve, a su lado. Era el más oscuro de todos y también el más grande. Silenciosamente, Douglas le acarició el lomo y le pasó la mano por el hocico. Vio menear la cola y se recostó amistosamente contra el saco de pienes de su cino.

—Vie, viejo—susurró el hombre, dándole un milmeo. ¡Vie!

Habría querido decir algo más, pero no encontró las palabras precisas. Douglas Lambert fue desfilando junto a los tres perros siguientes, acariciándolos, diciéndoles adios a su modo. Los tres perros eran tan iguales que sólo Douglas era capaz de distinguirlos. Así, Dice y Trey, por último se acercó a Flash, Era un perro gordo; un animal fuerte, aunque no muy corpulento, forrado integralmente en una piel color gris plateado. Flash levantó los ojos, deseando comprender lo que pasaba. El hombre era tan extraño, tan diferente de los que había visto en las páginas de un libro abierto.

—¿Si sólo pudiera hacerme comprender—dijo—Eso es lo que me más duele, que no puedo explicárselo. Y continuó hablando en voz baja, con frases entrecortadas, haciendo pausas que duraban muchos segundos.

—Tu comprendes, ¿cierto? Flash. Tomás, mi perro, está enfermo y sigue cada vez peor, así que tenemos que llevarlo lejos, para que lo operen. Y como recién empieza la temporada y llevo conseguido muy poca clientela, necesito muy poco dinero. Y no podemos dejar que Tomás sufra, ¿verdad que no podemos, Flash, después de haber sido tantos años? Y Kingdon, el que había echado el ojo desde que ganamos la carrera hace dos años; es un hombre rudo; siempre se aleja con la uña, porque tiene dinero para pagarlos. Pero tengo que llevarme a Flash. No puede ir de otro modo, Flash; lo siento mucho... mucho... no poder hacer comprender por qué.

Flash lo miró. ¿Eso es lo que comprendía? Ofreció a la mano del hombre su pata cubierta de nieve y éste se la estrechó efusivamente. Valió al trineo y levantó la tralla. Todos los perros se incorporaron, a la espera de la orden. Retalló el látigo en el aire y se oyó entonces la voz de Douglas, que decía: «¡Vámonos, vámonos! ¡Fuera, Flash, fuera! ¡Vá, vá! ¡Vá!...»

Los perros hundieron las patas y el trineo empezó a deslizarse lentamente traía ellos, hasta que adquirieron velocidad y siguieron corriendo. Los perros eran los más veloces de Birch River, los que habían ganado más veces seguidas la carrera por la copa del Lago Waboose. Entre los perros que, desde hacía, el año anterior, Kingdon había despedido comprar. Y ahora se había aliado con la suya.

Un mes más tarde Douglas Lambert regresó para presenciar la carrera de trineos. Llegó la noche y arrojó su bolsa bastante apartada del puestito. No estaba de humor como para mezclarse en las conversaciones. A la mañana siguiente se levantó temprano y fue a entregar la copa que había ganado durante dos años, depositándola en manos de Buck Neal, el juez de la carrera. Después cedió a Kingdon en la puerta del negocio. Vuelto con sus ropas de gala, el hombre parecía veinte años más joven.

—¿Lindo día!—dijo el comerciante contento.—Es el día de nuestra carrera, Lambert! Este tiene una pareja de perros nuevos en su equipo, pero los tengo. ¿Los has visto?

—No—dijo Douglas.—No he visto a ninguno de los perros.

—Bueno—dijo Kingdon.—Voy a ver si ya están alineados para la partida. ¡Qué gran cosa es participar en la carrera con un conjunto de perros buenos! ¡También, con tener el que me costaron! Y pienso tener el equipo de perros ganadores este año y todos los años.

El hombre tomó una piedra grisácea que estaba mal cubierta por los musculos del dolor que experimentaba. —¿Si con todo mi peso sobre este—dijo, por fin, soltando una piedra grisácea que estaba mal cubierta por los musculos del dolor que experimentaba. —¿Si con todo mi peso sobre este—dijo, por fin, soltando una piedra grisácea que estaba mal cubierta por los musculos del dolor que experimentaba.

—Vámonos, Kingdon!—le dijo uno de los recién llegados.—Están esperando que suene el disparo dando la señal de partida. ¡No puede desertar en este momento, hombre! ¡No puede hacer un esfuerzo?

—¡No!—respondió Kingdon con acento de tor.—Por un instante permanecieron todos contemplando la línea de trineos, puestos para participar en la carrera. Entonces, volviéndose repetidamente hacia Lambert: Douglas—le dijo con voz ronca—¿Quieres decirlos por mí?

—¡Seguramente!—contestó Douglas con voz velada y no muy tranquila.—Vámonos a prevenir al juez!

Kingdon se encaminó pensativamente hacia la pila, sostenido por varios amigos, y comenzó la salida. El viejo Buck Neal volvió solemnemente los registros y luego, volviéndose hacia la multitud y formando bocina con sus manos, anunció:

—Señores y señores! El equipo número uno, que estaba anotado por Kingdon será conducido por Douglas Lambert en lugar de su propietario. Lambert es dos veces ganador de la carrera de trineos del Lago Waboose y esta vez conducirá el mismo equipo que resultó ganador el año pasado y el anterior. ¡Que corra fuerte y señores!

Tranquilamente, como si se moviera en sueños, Douglas se dirigió hacia el trineo que lo aguardaba. En la multitud se hizo un extraño silencio; muchos sabían la forma como Douglas Lambert se había desprendido de sus perros y lo que ellos significaban para él. El perro gris, Flash, fue el primero que lo vio con sus ojos pequeños comprensivos. Douglas olvidándose de todo el genio que tenía la vista fija en el trineo hacia el perro y comenzó a correrlo. El resto del equipo se alborotó tratando de aproximarse al al, olvidando los ánimos. ¡No lo habían olvidado! Los acorrió repetidas veces y luego poniéndolos nuevamente en libertad, los ubicó sobre la línea de partida. Los cinco perros siguieron todos sus movimientos con ojos excitados.

Un disparo rompió el silencio y los perros resonaron más allá del lago. Los nuevos conductores se arrojaron a sus perros, nueve látigos restallaron como disparos de fusil, los nueve trineos comenzaron la carrera. —La carrera se desarrolló con un carácter. Los perros, los favoritos se observaban los unos a los otros, sin exigir mucho de sus perros. Cuando estuvieron cerca de la orilla del Lago Waboose, Flash, el perro gris, gritó de Fleury, animando a sus animales y haciendo restallar el látigo.

Douglas sonrió para sus adentros; Fleury siempre sería el mismo precipitado. Si Fleury hubiera aprendido a dominar su carácter habría sido un mejor conductor.

Douglas se contentaba con un tercer o cuarto puesto en esa etapa, para conservar las energías de sus perros. Entonces faltaba una distancia considerable para el espectáculo, hasta llegar al lago Diamante, señalado como punto de regreso. El sabía muy bien lo que eran capaces de rendir sus perros cuando él estaba seguro de conducirlos a la victoria.

Para Kingdon. Los dos de Douglas se estrecharon de pronto. Había recordado algo que dijo Kingdon antes de la largada. «¡Claro! Si perdiera. Yo sólo quiero vencerlos! Le volvería a vender sus perros... si perdían. Si ganaban, no.

—Vámonos, Flash, fuerza! Tenemos la carrera en nuestras manos. Como lo había por un resaca, el perro voló rápidamente la cabeza mirando a su amo, y simultáneamente apresó el tren de la carrera. Los perros tenían fuerza de sobra, pero los dos de Eide también; los dos perros nuevos lo ganaban mucho. Si Douglas quería ganar debía hacer un esfuerzo supremo.

Los kilómetros recorridos empezaban a ser muchos para los perros conductores. Los nueve hombres corrían ahora a la par de los trineos, para hacer fuerza a sus animales, aunque ellos mismos estaban cansados.

Fleury iba en primer término, luchando desesperadamente por desprenderse de Eide, que iba pidiéndole los latidos, y de Douglas, que marchaba casi a la par de este último. Al entrar en el lago helado, Douglas se apartó de Eide, llevando entonces Fleury una ventaja de cincuenta metros. Su «team», cansado, iba perdiendo terreno.

A lo lejos, Douglas distinguía como un punto negro las construcciones del puestito. Estaba en el tramo final de la carrera! Había llegado el momento de hacer un supremo esfuerzo llamando a las energías de sus perros.

Bibi le ha dicho a Kiko: - ¿De manera que afirmas que el chocolate no te gusta y sin embargo te lo comes? - Si, lo odio tanto que lo muerdo para exterminarlo.

# Las aventuras de CASCABEL

## CASCABEL y la iniciativa

CASCABEL ha tenido una de esas iniciativas tan peculiares en el amable borreguito. Pero la iniciativa de Cascabel merece que la comentemos desde su propio origen, para entendernos, en todos los detalles, de las causas de la determinación de nuestro amigo.

Hace unos días, cuando apaciblemente se reposaba a la sombra de un frondoso árbol, su amiga — que lo es nuestra también — Bibi, se acercó a él con ánimo de charlar un poco, y como esa que aquella mañana su mamá le había explicado algo muy curioso, consideró necesario que lo supiera Cascabel. Y la cosa empezó así:

—Cascabel, ¿eres trabajador o holgazán? —¿Cómo dices—interrogó Cascabel sorprendido. —Si es que te gusta trabajar o no.

—¿Claro que me gusta trabajar! —¿Menos mal!—exclamó Bibi. —¿Menos mal? ¿Por qué? —Pues porque a ti no te gusta con exceso. Eso de tener que pensar en el verano para el invierno. Cascabel, ¿tú piensas en el verano? —El buen borreguito miraba asombrado a la nena. ¿De qué le venía a ella, tan pequeñas, hacer tales preguntas?

—Pero, ¿por qué hablas así?—indagó el pobre Cascabel. —¡Ah! ¿Tú no lo sabes? Pues verás: esta mañana mamá me ha explicado una historia. Se trataba de una cigarra que se pasaba el verano cantando alegremente, dando brincos y jugando con las flores. Y, también, de una hormiguita que se entretenía en almacenar mucha comida para no tener hambre en el invierno. Y la cigarra cantaba que te canas; y la hormiga trabaja que te trabaja. Total: que la cigarra en el invierno se dio cuenta de que no tenía que comer y que la hormiga tenía en su casita el almacén lleno.

—Bueno, ¿y qué? —Pues nada, que la cigarra se murió y que la hormiga se engordó mucho. —¿Eso es todo? —¿Te parece poco? A la cigarra no le gustaba trabajar... y yo creo que a mí tampoco. En fin, no es que me no guste. Me gusta. ¡Pero eso de no comerme los caramelos ahora para que en invierno tenga! —Pero no es eso—acabó Cascabel. No se trata de caramelos. Se trata de comida, de sopas, de patatas...

—¡Ah!—exclamó Bibi súbitamente contenta— así nada más fácil. Ahora mismo me hago trabajadora y empiezo a guardar platos de sopa y patatas no para el invierno, sino para cuando tenga ochenta años, o cien, o más. —Cascabel que lo aclararle a Bibi la situación, pero la nena había comprendido a las mil maravillas y aquella noche, cuando su mamá le ofreció el cotidiano platito de sopas, le dijo muy sercicita:

—Mamá, guarda bien guardadas las sopas, no sea que a Bibi le pase lo que a la cigarra.—Y añadió: Ahora me conformaré con los bonbones y los pasteles.

—¿Pero dónde está Cascabel? Está con la iniciativa... es decir, guardando hierbas dulces y flores para cuando llegue el invierno.

¿Sabías que... INVENCIÓN de la máquina de hilar. En 1764, Hargreaves inventa la máquina de hilar. Llámase hilado a una serie de operaciones a que se sujetan las fibras textiles. Excepción hecha de la seda, que sólo ha de devanarse, la lana, el algodón y, por lo general, con más o menos escrupulosidad, han de sufrir las fibras textiles una serie de operaciones preliminares antes de sujetarlas al hilado, operaciones que pueden reducirse a cuatro, a saber: las dos primeras pueden llamarse preparativas, y pueden ser de primero y segundo grado. La tercera operación comprende el hilado o confección del hilo, y la cuarta abarca las operaciones que tienen lugar después del hilado, como son el devanado y empaquetado.